

invisible, de Antonio Guardiola. — 339. Civilización, de Manuel Herrera. — 340. Fin de una aventura, de Federico Urales. — 341. La mujer que se vendió, de Angela Graupera. — 342. El secreto de una vida, de Genaro Mineto Ruiz. — 343. Cruel engaño, de Miguel Guzmán. — 344. Fecundidad, de Federico Urales. — 345. Angelina, de José Brissa. — 346. El Díscolo, de Elías García. — 347. Rojo y negro, de Ventura Mancebo Santín. — 348. Inundación de luz, de Federico Urales. — 349. Alicia, de Antonio Estévez. — 350. Moneda falsa, de A. Fernández Escobés. — 351. Desahucios, de Diego R. Barbosa. — 352. Los peregrinos del ideal, de Federico Urales. — 353. Laura, de José Abrales Torres. — 354. Desengaño, de M. Ráez Almagro. — 355. En familia, de Angela Graupera. — 356. De cara al sol, de Federico Urales. — 357. Transfiguración, de A. Fernández Escobés. — 358. Sirena, de Pedro Antonio Martínez. — 359. Comprensión, de Manuel Herrera F. — 360. Hace falta un hombre, de Federico Urales. — 361. La coquetería de Consuelo, de María Solá. — 362. El gran monstruo, de N. Nogurol. — 363. Errores del corazón, de J. Aguilar. — 364. El niño abandonado, de Federico Urales. — 365. Vida ejemplar, de Angel Farré Parareda. — 366. Sobre la nieve, de M. Badía Colomer. — 367. La aldea, de V. Mancebo. — 368. El hijo de sí mismo, de Federico Urales. — 369. El hombre que pensó en matar, de Pedro Mas de Valón. — 370. La pequeña rebelde, de Angela Graupera. — 371. ¡¡Ya soy autoridad!! de M. Ráez Almagro. — 372. La gracia de la huerta, de Federico Urales. — 373. ¡Rameral!, de Manuel Herrera. — 374. Los que no figuran, de A. Fernández Escobés. — 375. ¡Era un cadáver andante!, de Miguel Hernández. — 376. La persecución de los vagos, de Federico Urales. — 377. Enamoramiento, de Valentín Obac. — 378. El triunfo del pensamiento, de J. Walio. — 379. Amor, de Boy. — 380. Lo que no compra el oro, de Federico Urales. — 381. Los aparecidos, de F. Aláiz. — 382. El doctor Achotegui, de V. Mancebo Santín. — 383. Cuando el amor se siente, de Benito Esteban. — 384. La justicia de una doncella, de Federico Urales. — 385. Pastora, de Diego R. Barbosa. — 386. Sacrificio, de Angela Graupera. — 387. La isla maldita, de Lucas Lot. — 388. Una víctima, de Federico Urales. — 389. ¿Locos o vencidos? de Cecilia García. — 390. El capricho de una dama, de Pedro Antonio Martínez. — 391. Hacia el abismo, de Antonio Corma. — 392. Tempestad en las almas, de Federico Urales. — 393. La indomable Alicia, de J. Oliver Ramón. — 394. Vidas opuestas, de Valentín Obac. — 395. La Jorobada, de Manuel Herrera F. — 396. Tórtolas y gaviñanes, de Federico Urales. — 397. Absolución de amor, de C. M. Marino. — 398. El mayor tesoro, de Celia Morales. — 399. Ramillete de flores, de Ponciano Alonso. — 400. Después de la tempestad, de Federico Urales. — 401. Amor que se afirma, de Caro J. Sendón. — 402. Llamas redentoras, de J. Jacobine. — 403. Justicia social, de Arturo Ortega. — 404. Es como un sol, de Federico Urales. — 405. Antón, de Ventura Mancebo Santín. — 406. La romántica, de Angela Graupera. — 407. De la vida que pasa,

LA NOVELA IDEAL

AÑO XI

2 DE OCTUBRE DE 1935

NÚM. 478

María Solá

EL DILEMA

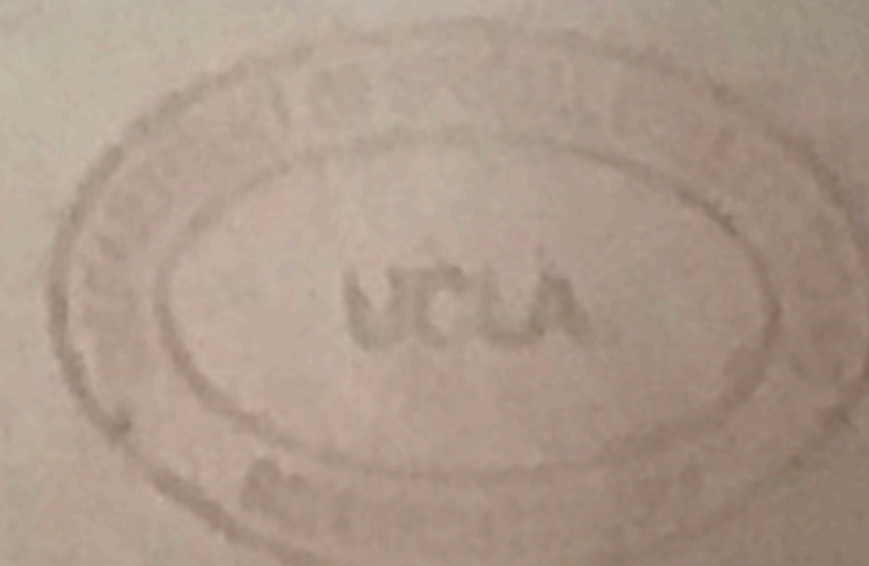


PUBLICACIONES DE «LA REVISTA BLANCA»

Administración: Calle Escornalbou (antes Guinardó), 37

Teléfono 51780 — Barcelona

△
PQ
615A.9
N1345
S64d
1935



LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ:
COMO SE DEBE AMAR
 DE RICARDO PEÑA

En busca del amor

Así se titula el número 26 de LA NOVELA LIBRE que se ha puesto a la venta. Lo firma escritora de tanto prestigio y tan bien cimentada fama como novelista, cual es Angela Graupera.

Trátase de una amenísima narración novelasca, en la que se aunan el interés y la emoción, el estilo flúido y rico en imágenes de Graupera, con la trascendencia de un argumento que retiene encantada la atención del lector.

Como en todas las novelas agrupadas en la colección de LA NOVELA LIBRE, es el amor la base inicial de la obra. Pero luego la autora teje su tela de araña de complicaciones y de conflictos morales, exaltando el sentimiento creador de la vida y la aspiración humana hacia la perfección, la belleza y la felicidad.

En busca del amor, viene a enriquecer LA NOVELA LIBRE con el aporte de sus enseñanzas morales y de sus emociones estéticas. No dudamos que cuantos la leerán pasarán un rato agradabilísimo.

Sesenta y cuatro páginas, con portada bicolor, 50 céntimos. Suscripción por un semestre, 3 pesetas.

Ediciones de La Revista Blanca. — Escorialbou, 37, Barcelona.

Barcelona

I

— ¡Vaya una mujer bonita!... Cuidadito, no pase junto al monumento, que Colón se tiraría de cabeza para seguirla... ¿Se ríe?... ¿La acompaño, guapísima?...

Acababan de dar once campanadas en el reloj de la Seo; Alicia era una mujer decente, por causas ajenas a su voluntad, regresaba tarde a su domicilio aquella noche y aunque marchaba a buen paso y sin el menor deseo de llamar la atención a los noctámbulos, que empiezan a afluir aquellas horas a la Rambla de Santa Mónica, no pudo eludir el original piropo que hizo contraer su lívido rostro en algo parecido a una sonrisa, mas como el cortador continuaba en sus trece de querer acompañarla, se detuvo de súbito y reconcentrando todas las hieles que se debatían en su alma, le dijo asestándole una mirada de desdén:

— ¡Márchese usted!

— ¿La comprometo?... ¡Qué lástima!... Si tiene usted prisa podemos vernos otro día, donde indique... Desde el primer momento en que la he visto, ¡ay!, me he sentido esclavo de usted... ¡Ingrata!... Yo me había hecho ilusiones de pasar juntitos una noche feliz...

— Insolente, me está ofendiendo.

Aquellas palabras no fueron pronunciadas en el tono duro que la situación requería, más bien con parsimonia, cual si se recreara Alicia en la contemplación de aquel joven sobre cuya faz morena daba de lleno el chorro de luz de un farol eléctrico... contaba, al parecer, veinticinco años, sus ojos negros y rasgados sabían acariciar con los efluvios de una mirada tierna y algo romántica al ser sobre el cual se posaban. De regular estatura, bien proporcionado, vistiendo con sencilla y natural elegancia, descubierta la cabeza, por la moda o por el calor reinante, le daba todo ello un aspecto simpático, sugestivo a los ojos de cualquier mujer, capaz por lo visto de hacer es-

tremecer en un soplo de admiración o de lujuria, incluso al cuerpo de la severísima Alicia; sea por eso o por un súbito instinto de venganza de infidelidades y humillaciones que laceraban su corazón, la mujer contempló extática al hombre unos momentos. Podían contarse por los cabellos de su cabeza las ocasiones de placer que había tenido Alicia desde que la ultrajara su marido, mas nadie podía vanagloriarse como aquel desconocido, de haberla detenido unos instantes a pesar de la hora delicada de la noche, de la prisa y de encontrarse en aquel barrio...

— ¿Vienes conmigo, perla?

— De ninguna manera, soy una mujer honrada, soy casada — exclamó reaccionando —. Suélteme esa mano, tengo prisa.

— ¿Te espera tu marido?

— No, mi tía.

— Así, pues, que siga esperando.

— Es más fiera que mi marido.

— ¿Se puede saber de dónde vienes ahora?

— No me tutee, si me tutea echo a correr, le repito que me ha tomado por lo que no soy.

— Bien, repetiré la pregunta en la forma que desea: ¿De dónde viene usted ahora?

— De pasar la tarde junto al lecho de una amiga enferma, le soy deudora de gratitud, está muy malita la pobre y he querido esperar la visita del doctor que como tiene mucha clientela ha venido a las diez y pico y entre unas cosas y otras he salido cerca de las once... pero, ¡horror de horrores!, deben ser las mil, y yo aquí tan tranquila... — dijo iniciando una marcha acelerada.

— No se marche, por favor — exclamó el joven interceptándole el paso —. Usted me ha hablado de su tía. ¿Y su marido? ¿Está de viaje?

— No, es que yo... — dijo con voz tenue y ruborizándose hasta las orejas —, yo... no vivo con mi marido.

Allí se vislumbraba un drama y la mujer que empezó subyugándole por su belleza, acababa de despertar por sus penas la compasión del muchacho, así, pues, doblemente interesante a sus ojos, se propuso granjearse su confianza, entrar en amistad con ella, congratulándose a pesar de su conmiseración de que la joven fuera algo libre...

— ¿No sería posible hacer creer a su tía que su amiguita ha empeorado y se ha quedado usted allí velando-

la?... reflexione, van a dar las once y media y de todos modos su tía la va a regañar.

— ¡¡Las once y media!! — repitió aterrada —. ¡Ay de mí!, aun tengo para un cuarto de hora largo.

— ¿La acompaño?

— La compañía de un hombre joven no es muy indicada para mí a tales horas. No sabe el mal que me ha hecho; si no me hubiera entretenido hablando, estaría ya en mi casa.

El terror tenía paralizada a la infeliz Alicia. ¿Pagaría caro el haber mirado con complacencia a un hombre?... mucha razón tenía su gentil interlocutor en aconsejarla que inventara una excusa y no se presentara en casa, pues tendría que soportar un diluvio de denuestos de su tía, esto si no era capaz de tirarle algo a la cabeza; pero si por alguna circunstancia imprevista se llegaba a descubrir que había pasado una noche al lado de un desconocido y en los llamados barrios bajos, ¿qué es lo que sucedería a la desgraciada que vivía de una mísera pensión que le había asignado su vil marido?

Presintiendo el joven que en el alma de niña de aquella mujer estaban luchando el terror, el pudor y la simpatía que sentía por él, le dijo:

— Comprendo que siendo una señora de compromiso, el lugar menos indicado para hablar conmigo es en medio de la calle, en un cine, sería menos probable que se fijaran en nosotros.

— No he dado nunca un mal paso — exclamó Alicia sollozando.

— Lo creo, estoy viendo que es usted una perla, lo mismo en lo físico que en lo moral y quién sabe si de un mal paso va a salir la felicidad para toda la vida.

Acomodados pocos momentos después, en uno de los cines populares, en las butacas donde el amor tiene sentados sus reales o sea en las últimas filas de preferencia, estrujaba el joven la delicada mano, que si bien se dejaba estrujar, con suave y eficaz energía, sabía impedir asimismo mayores avances... Aquella muñeca de carne y hueso tenía algún año más que su compañero de aventura aunque parecía mucho más joven, tanto es así, que su rendido admirador le dijo tuteándola de nuevo:

— Nadie diría que eres una mujer casada. ¿Cómo te llamas, rica?

— Alicia.

— Nombre divino.

— ¿Y usted?

— Gabriel, pero tutéame, vida mía. ¿Tienes hijos?

— Ninguno.

— ¿Quieres algo a tu marido?

— Si lo quisiera no me encontraría aquí.

— Así puedo abrigar esperanzas, ¿verdad?

— No sé qué contestarle; yo soy una mujer honrada

que se encuentra en el caso fortuito, de pasar una noche fuera del hogar y en circunstancias completamente reñidas con la moral. ¿Qué quiere que le diga, pues, si es tal el sobresalto y el oprobio que en estos momentos siento de mí misma, que ni me doy exacta cuenta de lo que me ocurre, ni puedo reflexionar?

— ¡Tutéame, amor mío!

— Bien, te tuteo; pero no sirva ello para que te tomes demasiada confianza... ¡¡No me beses, por lo que más quieras!!

— Lo que más quería en el mundo, antes de verte a ti, era mi madre; ahora os quiero a las dos.

— ¿Sí?... y no se te ocurrió un piropo poco raro — dijo ella al fin en tono jocoso.

— Es que la Historia me tiene obsesionado y por esto te hablé de Colón; mañana debía examinarme de esta asignatura y no me examino ya.

— ¿Tengo yo la culpa?

— De ninguna manera, es que la tengo muy floja y no quiero exponerme a que me calabaceen.

— Lo cual te acredita de holgazán.

— No lo creas, Alicia; me explicaré. He reconcentrado en mi madre todo el cariño de mi vida, pues a mi buen padre no lo conocí, debido a que murió a los pocos meses de mi existencia y sólo he conocido las caricias maternas y los mimos de otras hermanitas buenas como tú, que la Parca, cruel, me arrebató. Solos en el mundo mi madre y yo, el uno se constituyó en ídolo del otro y como reconozco lo mucho que se ha sacrificado por mí, lo mucho que he tenido que luchar y trabajar para sacarme adelante en su humilde oficio de lavandera, es mi más ferviente anhelo llegar a ser médico, pero un médico de fama, un gran operador quirúrgico, para lo cual cuento con un buen maestro; pero como soy pobre, no tengo más remedio que ganarme

el sustento y de día estoy empleado en una clínica y de noche estudio. Ya tienes explicada mi lentitud en los estudios y el porqué llevo floja una asignatura.

— ¿Terminas pronto el bachillerato?

— El próximo septiembre pienso examinarme del último año, más de alguna asignatura que ahora me dejo. ¿Y de tu vida no me cuentas nada? ¡Ay, bárbara, que mal corazón tienes! ¡Pinchame de ese modo! — exclamó el joven, llevándose la punta de los dedos a la boca en busca de lenitivo a su dolor, mientras la dama sonreía más que satisfecha de su hazaña, encantada de la gracia y donaire que encontraba en cada uno de los gestos y palabras de Gabriel.

Alentado por la sonrisa, éste la rodeó de nuevo el talle y, apretándola contra su pecho, no sin cierto temor, le dijo quedo:

— ¿Por qué no quieres que te toque, tontina? Todas las parejas se aprovechan de la obscuridad.

— Si otros no tienen noción de la dignidad yo sí, y te aconsejo que no vuelvas a excederte. Volviendo al asunto de mi vida, voy a satisfacer tu curiosidad: al morir mi madre, ingresé en un pensionado del cual me sacó mi padre tres años más tarde para casarme con su compañero de negocios, a quien no amaba por la razón de que solamente lo había visto dos veces en mi vida; no había cambiado con él ninguna palabra y además me doblaba la edad. Fué un casamiento financiero que entró en sus planes para apoderarse de nuestra fortuna. Como dote de mi boda, se hizo entregar los últimos despojos de nuestros bienes, sabiendo comprometer de tal manera en la astuta red de sus combinaciones la firma de mis familiares, que se vieron obligados a contraer deudas que no pudieron pagar. Mi tío, que también fué una de las víctimas, contaba con una pequeña paga de guardajardines, pero mi infeliz padre no contaba con nada y murió miserablemente en un hospital, sin que yo, esposa de un hombre avaro, codicioso y sin alma, pudiera aliviarle en lo más mínimo. Entre Isidro y yo, se había interpuesto el cadáver de mi padre y me resultaba difícil ser cariñosa y sumisa. Frecuentes altercados enturbiaban la paz conyugal, pero eso sí, como mujer de conciencia lo he cuidado como se cuida al mejor de los maridos, pues tiene cierta enfermedad asmática que de vez en cuando le molesta. Las cosas continuaron así,

hasta que una criadeja, dándose cuenta de nuestro desamor y suponiendo que mi marido ha de tener mucho dinero arrinconado y es ya un vejete, colmandolo de caricias se lo hizo suyo logrando que me echara a la calle; mas como soy esposa legítima, voluntariamente me asignó una mezaquina pensión. Fuí a vivir con mi tía, la viuda del guardajardines y con mi pensión y su viudedad mal vivimos; para ayudarnos no he tenido más remedio que dedicarme a algo y una amiga, precisamente la que está enferma, tiene la bondad de enseñarme a confeccionar abriguitos y toquillas de ganchillo, pero asombra lo mal que lo pagan, si tuviera que vivir de ello me moriría de hambre. ¡Tanto que se ha luchado en pro de unos y de otros, y nada se ha hecho referente al trabajo en casa de la mujer que continúa siendo explotada a pesar de lo mucho que ha servido a novelistas y poetas para sus temas sentimentales!

— Tienes razón y tras mucho pedalear la máquina de coser, pongo por ejemplo, suelen acabar en el burdel o en las garras de la tuberculosis; de todos modos, una muerte prematura. ¡Pobres mujeres...!

La palabra burdel hizo estremecer a la joven. ¿Acaso no era aquella debilidad suya una pequeña vacilación que podía muy bien ponerla en la temida y resbaladiza pendiente del vicio?

Después de consultar su reloj, Gabriel agregó:

— Es prudente que, siendo tú una mujer casada, nos escondamos de miradas indiscretas y acabemos de pasar la noche en alguna habitación...

Esto hizo salir de sus casillas a la recatada joven, pero él insistió con dulzura:

— La sesión cinematográfica no va a durar toda la noche y supongo que a estas horas no vas a regresar a casa tu tía ni a casa de la amiga enferma. ¿Qué vas a hacer, pues?

— En cuanto a mí no sé, he sido débil y me he metido en un callejón sin salida, y en cuanto a ti, no veo que seas un buen hijo puesto que te dispones a pasar la noche tranquilamente fuera del hogar sin preocuparte de si tu madre sufre.

— Ella no sufre.

— No soy madre, pero me hago cargo que todas sufren cuando un hijo hace algo indebido, y esto es grave.

— Admíteme una explicación: como te he dicho, soy

practicante en una clínica y tal es la fama del ilustre director, que pesa un trabajo agobiante sobre nosotros.. Ya habrás oído hablar del doctor Minares.

— Sí — exclamó Alicia.

— Pues bien, ocurre con harta frecuencia que un enfermo se agrava y debo pernoctar allí. Al principio, porque mi madre no sufriera por mi ausencia, telefoneaba a la tienda de comestibles donde acostumbramos a comprar, pero según se ve, les resultaba molesto subir a un tercer piso y las más de las veces no le daban el recado; así, pues, convinimos que en adelante no la avisaría. En cuanto llega la hora de la cena, si yo no estoy en casa cena sola y se acuesta con toda tranquilidad. De modo que hoy — dijo con tono jocoso — a ti se te ha agravado la amiga y a mí un enfermo.

Vencida por las razones de Gabriel se dejó llevar Alicia, fundiéndose momentos después al abrigo de las cuatro paredes de una coquetona habitación, las bocas del galán y de la dama en un prolongadísimo y delicioso beso que llenó de ventura el alma de los dos; mas, cuando en aras del deseo, él iba a proceder a desnudarla, reaccionó el pudor de Alicia, no cediendo a lúbricas invitaciones y a desesperadas súplicas de aquel hombre que no era su marido, hallándoles los primeros destellos matutinos a ella sentada en un sillón y a él recostado en la cama según voluntad irreductible de la mujer que había querido pasar en aquella forma, horas que parecieron siglos; cuando por la claridad reinante juzgó prudente marcharse, se dispuso a salir...

— ¿No quieres darme un beso? — le preguntó Gabriel.

— ¿Por qué no? Tómaló... ¡Has sufrido como yo! — y ofreció sus hermosos labios que Gabriel besó con frenesí mientras estrechaba una de sus heladas manos.

— ¡Pobre gacela!.... ¡Que asustada estás! Te han asaltado todas las dudas e inquietudes que rodean al primer mal paso que da una mujer.

— ¡Cómo me comprendes! He pensado incluso en lo inverosímil, en que mi tía, que disfruta de buena salud, hubiera podido sentirse casualmente indispuesta y enviarme a buscar a casa de mi amiga. ¡Qué horror si se descubriera que he pasado así una noche!

— Desdeña tus vanos temores que sólo son fruto del hábito que tienes de obrar rectamente en todo — y besando

devotamente la mano que aún retenía, le suplicó otra entrevista.

— Respeta mi estupor; no acierto a contestarte categóricamente.

— Me hago cargo, pero barrunto que esta noche ha de ser memorable para los dos; toma una tarjeta mía, suceda lo que te suceda, en mi casa hallarás siempre noble cobijo y consejo y si por de pronto no puedo ser otra cosa más dulce, mírame al menos como al más leal de los amigos y el mejor de los hermanos.

Momentos después, merced a un taxis que pasó casualmente ante la puerta al salir Alicia, pudo, con los escasos ahorros que llevaba en el bolso, trasladarse rápidamente a su hogar escapando de la persecución de Gabriel mientras se decía:

— Pero, ¿dónde tuve ayer la cabeza? ¿Cómo no se me ocurrió ayer tomar un taxis huyendo de los galanteos de ese hombre?

Mientras, el galán repetía, desesperado, en la puerta de la posada:

— Se habrá esfumado en el viento o se la ha tragado la tierra?

II

Dos meses después de los acontecimientos referidos, un día Alicia, taciturna, empujaba la puerta del piso que casualmente encontró abierta y, al apercibirse de ella su tía, mujer de genio infernal cuando las cosas no marchaban viento en popa, le preguntó, agriamente:

— ¿Nada?

— ¡Nada! — gimió, más bien que articuló, la infeliz.

— ¡Ya me lo figuraba! ¿Cómo no has cerrado la puerta, gandula? Yo me he entrado aquel canasto de ropa de la Tomasa, que ha dado a luz, y no he podido cerrarla; tú vienes detrás y no la cierras.

— No se exaspere, voy a cerrarla — y mientras lo ejecutaba miró de soslayo el monumental canasto, segurísima de que serían sus delicadas manos las que llevarían a cabo tan extenuante labor y simultáneamente dirigió sus húmedas pupilas al trabajo de ganchillo que debía entregar al día siguiente. ¿Ella, la mujer inocente y pura, trabajando como una negra de día y entregándose al llanto por la

noche en vez de entregarse al descanso, moriría víctima de todo y de todos? ¡Cuánto tarda la muerte cuando se considera como el fin de un suplicio!...

— Explica brevemente lo que ha ocurrido. Aquí no podemos perder tiempo; se te ha acabado la renta y has de ganarte el pan.

— Ya lo sé — dijo la apenada joven —. A mi marido no he conseguido verlo; me ha recibido Modesta.

— ¡La pécora que le habrá dado un bebedizo para trastornarlo! ¿Y qué te ha dicho?

— Lo que me dijo la otra vez; que mi marido alega que como ya llevamos dos años separados y yo tengo buenas manos para ganarme la vida y usted su pensión de viuda, no quiere darme nada y si lo llevo a los tribunales perderé el tiempo.

— Así, pues, ¿qué piensas hacer?

— No lo sé.

— Esto no es una respuesta.

— Pues, bien; sufrir para morirme cuanto antes.

Contra su costumbre, la tía se acercó a su encantadora sobrina y, acariciándola, murmuró unas palabras a su oído que hicieron reaccionar el pudor de la mujer.

— ¡Cómo! ¿Usted hacía esto?... ¿Y el tío lo sabía?

— ¡Qué había de saber! Era más bueno que el pan y nunca barruntó nada, pero desde que el ladronazo de tu marido nos lo pilló todo, para no convertir en un mártir a tu tío, pues cuando no hay harina todo es mohína, que es lo que nos sucede a nosotras, como yo, modestia aparte era guapa, me acordé de doña Natividad a la que había servido de camarera antes de servir en la casa donde conocí a tu tío, y desde entonces, tuve siempre donde irme a ganar dos durazos cuando me hacían falta. Doña Natividad murió, pero aún subsiste la...

Como herida por un rayo ante aquella confesión, la joven procuró desprenderse de los brazos de su tía, por excepción mimosa, y corrió a encerrarse a su cuartito para reflexionar.

Tenía a su tía por mujer de pésimo carácter y algo dura de corazón, pero en cuanto a la honestidad, la creía un modelo, asombrándose al descubrir que su moral no era rectilínea, sino flexible, acomodaticia a las circunstancias y del mismo modo que siempre le recomendara virtud, amonestándola severamente cuando pasó una noche fuera del

hogar, aunque fuera con el fin de cuidar a una amiga, repitiendo hasta la saciedad la célebre frase de que no sólo hay que ser honrada sinó también parecerlo, todo ello por temor a que faltara la pensión de su marido. Faltando ésta, estaba dispuesta a llevarla de la mano a la prostitución; en una palabra: explotarla siempre abusando de su mansedumbre.

«Ven, hija mía — le había dicho, al verla repudiada del hogar conyugal —. Con lo poco que poseemos las dos, seremos unas reinas.»

Pero la única soberana era la tía, pues Alicia venía obligada a entregarle lo suyo casi por completo, teniendo que ayudarse para sus gastos particulares con la labor de ganchillo, mientras la tía Petra, se pasaba el día entre ir a la compra y charlar con las vecinas, por todo lo cual, Alicia tenía asimismo que atender al trabajo de la casa. ¡Cuánta falta le hacía una madre! No era tía de consanguinidad y esto, aunque algo explicaba el trato que le daba, no justificaba el trato que le daba; no lo justificaba, y si bien ninguna obligación tenía de sufrirla, por su carácter de puro bueno, cohibido, y por la circunstancia de no poseer otro pariente ni próximo ni lejano en el mundo, iban tirando, pero desde el momento de aquella vil proposición era imposible continuar viviendo bajo el mismo techo. Mas ¿a dónde iba? ¿Qué haría? Vivir a expensas de las labores de ganchillo, imposible. Colocarse como criada no poseyendo, a su juicio, la pulcritud y agilidad necesarias a pesar de lo mucho que la tía la había hecho bregar con los quehaceres domésticos, imposible también; encontrar trabajo como señorita de compañía, guardadora de niños, etc., para todas las cosas hay exceso de personal que se ofrece y seguramente tardaría mucho en colocarse y mientras tanto aquel techo se le venía encima. Desde aquella noche de la aventura no se consideraba sola en el mundo; impresas tenía en su mente y en su corazón aquellas palabras: «Si de momento no puedo ser otra cosa más dulce, considérame como al más leal de los amigos y al mejor de los hermanos». Aquel joven y su madre no le negarían un buen consejo y tal vez la cobijarían bajo su techo hasta que encontrara trabajo, ayudando mientras tanto a la anciana en sus quehaceres y haciendo, como siempre, a ratos perdidos, labores de ganchillo... La luz de la esperanza, que, nacida del alma, suele irradiar al ros-

tro en las decisiones trascendentales de una vida, inundó del fulgor de la alegría, los bellísimos ojos y delicado rostro de aquella mujer harto atormentada por el destino, y extrayendo del bolso una llavecita y abriendo una coquetona caja que contenía recuerdos de sus padres, buscó entre ellos una tarjeta más reciente, que, emocionada, llevó a sus labios besando amorosamente el nombre de Gabriel Durango.

III

— ¿Quién va?

Al sonido de aquella voz inolvidable, quedó helada de espanto la linda mano que acababa de tener la audacia de posarse sobre el llamador de la puerta de aquella modesta mansión.

— Yo — contestó, desfallecida, la mujercita.

— ¡Tú! — exclamó Gabriel al abrir la puerta, y, nervioso, dió vuelta al botón de la luz eléctrica, para cerciorarse de que la voz que le había contestado pertenecía a la mujer de sus cuitas.

Aquella silueta que destacaba vagamente en la semi-oscuridad, era carne viva, realidad tangente, no alucinación nacida del vehemente deseo e incurable amor que en el término de una noche supo inspirarle aquel divino ser...

Como permaneciera mudo de asombro, fué la ruborizada joven la que al fin, levantando la vista del suelo, interrumpió el silencio.

— Soy una infeliz que necesito de tu consejo de hermano.

— ¿De veras? — exclamó él con la mirada llena de estupor y estrechando la mano de la joven cual si no se atreviera a creer todavía en su ventura —. Si tú supieras — continuó — cuántas veces te he llamado en mis delirios de amor; como enloquecido, he recorrido calles, plazas, y jardines, anhelando el encuentro casual que con alguna vaga esperanza mitigara mi desasosiego o al menos me proporcionara la dicha de volverte a ver, pues jamás sospeché que por tu propio impulso vinieras.

— ¿Tanto me quieres?

— ¿Que si te quiero? Mucho más de lo que puedes abarcar y comprender; no hay palabras que expresen la inmensidad de mi amor.

— ¿Quién hay, hijo mío? — preguntó una anciana desde el interior del piso.

— Un hada buena, que viene a transformarme con su varita de virtudes, no en el hombre que fui sino en algo superior...; porque has de saber, gacela mía, que desde aquella noche memorable, quedé, al perderte, sumido en un abismo de escepticismo y desamor a too cuanto me rodea; soy un estudiante desaplicado, ingrato incluso con mi pobre madre...

Y, besando devotamente la nivea mano, la presentó a su madre:

— Alicia Sol, la mujer más linda y bondadosa del Universo, de la que te he hablado varias veces y que por una injusticia de la suerte, es sumamente desgraciada en el matrimonio.

— Tanto gusto, señora — dijo la madre, quitándose el delantal de cocinar —. ¿A qué debemos el honor de su visita?... ¿Pero aún no le has ofrecido asiento?... Venga usted acá, aunque estas sillas sean pobres...

— Muchas gracias...; yo no merezco... — no pudo continuar; unos sollozos de gratitud le segaron la voz en la garganta al ver tanta efusividad.

Sentados poco después en el diminuto comedor, Alicia narró sus penas.

— ¿Piensa, hija mía, llevar a su marido a los tribunales?

— Debiera hacerlo pero me asusta porque no tengo otro camino que pleitear de pobre, lo cual siempre resulta desventaja, sobre todo si no se cuenta con una persona influyente que apoye la causa. De haberme sucedido algunos años antes, no hubiera dejado de intentarlo, porque conocíamos a uno de los ediles del Ayuntamiento que dió a mi tío un empleo municipal, pero en la actualidad no cuento con un punto de apoyo y me temo que perdería el tiempo y la paciencia, pues mi marido con su palabrería hábilmente mentirosa, su dinero e influencias, constantemente haría ver negro lo que es blanco a todas luces.

— Por ahora, nenita, creo que más que en una reparación judicial, debes pensar en resarcirte de tanta amargura respirando a pleno pulmón la nueva vida que se te ofrece de cariño y tranquilidad, sin perjuicio de que más adelante determinemos lo que proceda, pues si no cuentas con amistades influyentes, nosotros sí. Si mi madre lo permite,

te ofrezco compartir contigo el pan que nos comemos y cobijarte bajo el techo de esta casita humilde y honrada, que habitándola tú, se va convertir en el más florido edén o en un palacio encantado de Aladino.

— Me adhiero a lo de mi hijo; para mí será una de mis chiquillas resucitadas — dijo la madre, sollozando, al evocar lejanos y penosos recuerdos.

— Para no serles gravosa me buscaré trabajo.

— De esto ya hablaremos.

Profundamente conmovida ante tanta bondad, Alicia dió asimismo, rienda suelta a sus lágrimas. Casi automáticamente los tres se habían levantado... Gabriel las miró enternecido un momento exclamando:

— ¿Sollozáis las dos?... ¡Amores de mi vida!... ¡Qué alegría!...

Y cogiéndolas de las manos continuó:

— Como sois una digna de la otra y aliciente divino para que yo triunfe en la vida, pido a Alicia que mire a mi madre como la suya propia y a mi madre que mire a Alicia como si realmente la hubiera llevado en sus entrañas — y al decir esto las acercó entre sí y las dos mujeres se abrazaron con toda el alma.

IV

Albas, tenues y ligeras, se posaron en el alféizar de la ventana dos lindas mariposas...

— Mira Alicia, se besan como invitándonos al amor con su ejemplo — exclamó Gabriel, mientras daba la última mano de barniz a una mesita de noche hábilmente construída sin ser ebanista, para el dormitorio de la joven, que en aquel momento andaba por allí quitando el polvo a los muebles.

— ¿Mariposas blancas? Traen suerte.

— ¡Boba! No lo digas ni en broma; si crees en tentarías, te pegaré — dijo, golpeándola, mimoso —. En lo que has de tener fe ciega es en mi cariño ¿Cuándo podré estrecharte entre mis brazos sin que protestes? ¿No vale nada mi obra?

— Sí, Gabriel, es espléndida; de todo sabes y entiendes, haces cuanto te propones, eres un tesoro. ¡Qué orgullosa ha de estar de ti tu buena madre!

— Tú, mucha palabrería y en nada me demuestras tu gratitud. ¿Qué me das por la mesilla?

— ¿Por la mesilla?... te voy a dar un beso.

— ¡Avara! ¿Y lo demás?

— Lo demás... ¿No dices que me hago desear? Pues bien; lo demás irá como premio si en esos exámenes terminas el bachillerato.

— Pues dame ahora el beso, algo es algo; te lo voy a devolver centuplicado.

Y loco de amor atrajo frenéticamente hacia sí el cuerpo de la joven, la cual, ardiendo en el fuego de la misma pasión, lejos de oponerle resistencia se dejó arrastrar y apoyando su cabeza en el hombro del muchacho le ofreció sus labios en flor... Un porrazo hartito conocido dado a la puerta, interrumpió el sabroso idilio...

— Es mi madre. ¡Qué inoportuna! — dijo Gabriel, deshaciéndose de los brazos de su amada para ir a abrir.

La madre de Gabriel contaba a la sazón unos cincuenta y cinco años, había casado muy joven con un hombre al que adornaban las excelentes cualidades que había heredado por completo Gabriel, mas la alegría de tener un hijo varón no fué saboreada por el buen padre durante mucho tiempo, albañil de oficio, quiso el aciago destino que cayera de un andamio hiriéndose mortalmente. La mísera cantidad con que legalmente se quiere compensar la pérdida de un ser querido, fué rápidamente consumida por aquella familia, empezando entonces para Florencia Palma, que tal era el nombre de la madre de Gabriel, el calvario de su vida dedicándose a la extenuante labor de lavar ropa y fregar pisos. Ocho primaveras contaba la mayor de las niñas, pero sin tiempo ni recursos para asistir a la escuela, tuvo que dejar de lado las luces del saber y los juegos de la infancia, convirtiéndose de súbito en una mujer hecha y derecha, para dedicarse al cuidado de la casa y de los pequeños mientras su madre trabajaba. Murieron las dos niñas víctimas, la menor, del crup diftérico, y la mayor, de una traidora pulmonía antes de llegar a la pubertad; tras tales penalidades hubiera deseado morir la madre heroica, mas le quedaba un hijo y no tuvo más remedio que devorar las lágrimas y seguir luchando bravamente por la vida. Un doctor de un dispensario a donde acudía durante las enfermedades de sus hijas, ocupó a Florencia en la limpieza de su clínica particular y como le

pagaba bien pudo dejar las otras casas donde prestaba servicios; entretanto Gabriel se hizo un hombre y, empleado también en la misma clínica como practicante, jubiló a su madre de todo trabajo fuera del hogar. Inteligente y buen hijo, su ambición máxima era doctorarse en medicina, para rodear de bienestar la vejez de su madre, dedicando al estudio los ratos que le dejaba libre su copioso trabajo. A la sazón, terminaba el bachillerato y deseaba empezar inmediatamente el primer curso de la carrera, acariciando con fundados motivos la dulce esperanza de que el doctor, como no tenía hijos, le legaría aquella clínica modelo. Sentía el doctor tanto cariño por el muchacho, que estudió la manera de prescindir de sus servicios durante el mes de septiembre, retribuyéndolo, no obstante, como si trabajara.

V

Aureos reflejos esparcidos por Febo, complaciente, vestían con el radiante atavío de la canícula, aquella mañana de las postrimerías de septiembre; caían chorros de sol que eran chorros de alegría, que si bien incapaces de disipar las brumas del que tiene el corazón velado por los crespones del infortunio, eran de un valor positivo, casi mágico, para acrecentar el optimismo del que anhela algo, en que funda la ventura; a estos últimos pertenecía la buena Alicia. Aquel era el día en que para Gabriel empezaba la última etapa de exámenes del bachillerato. Gozosa y bella como nunca, meciéndose en las vaporosas nubes de la ilusión, iba a la compra, costumbre que había adquirido para descansar a la madre de su amado, cuando una desagradable y hartito conocida voz la hizo apearse del mundo de sus ensueños.

— ¡Oye, rapaza; no tenía pocas ganas de echarte la vista encima, pues cualquiera sube al tercer piso que resulta quinto donde vive tu marqués protector!...

— Pues no la echaríamos a usted por las escaleras, tía Petra — contestó Alicia en tono jocos, aunque vivamente contrariada en su interior.

— He estado algunos días indecisa de efectuar o no la ascensión a tu palacio, mas providencialmente te encuentro y..

— ¡Tía! A usted le consta mi seriedad; vaya al grano evitando en la conversación la profusión de palabras que puedan zaherirme.

— ¿Lo dices por lo de «Marqués» y «Palacio»? ¡Vaya susceptibilidad!... Si se hace mi pecado debe hacerse con seso.

— ¿Y no sería falta grave?

— No te lo discuto; pero la mujer ha de ser práctica, mas dejemos esto y como tú dices, vamos al grano — adoptando un tono confidencial añadió en acento solemne —: Alégrate, Alicia; vas a conseguir lo que tienes en más estima — y bajando más la voz agregó —: ¡La honra!

— ¡Cómo! — exclamó Alicia palideciendo.

Y recalcando las sílabas al mismo tiempo que con sus verdes pupilas escrutaba a la joven de un modo inquisitorial, prosiguió tía Petra:

— Tu marido quiere volver a vivir contigo.

— ¿Lo ha abandonado Modesta?

— Huyó con otro, robando a tu marido dinero y alhajas.

Una llamarada de indignación, casi de odio, ascendiendo de su corazón tiñó de carmín el rostro antes lívido de aquella pobre mujer... De modo que para ella, leal y buena, el marido había tenido siempre bajo la custodia de llaves y cerrojos intereses y joyas, sin duda con el fin de que no pudiese ayudar a su familia reducida por él mismo, a la indigencia, y una golfa le había merecido confianza hasta el extremo de hacer posible el robo.

— ¡No! No quiero vivir con él; dígame usted que para mí ha muerto — exclamó iniciando una marcha.

— ¡Infeliz! — dijo la tía cogiéndola por el brazo —: él puede obligarte a la fuerza.

— Antes pediré el divorcio; motivos tengo para ello.

— Oyeme despacio, chica.

— Tengo prisa.

— Dos minutos nada más, tu marido está enfermo.

— ¿No miente usted?

— Ahí tienes esas recetas — dijo alargando a la joven unos papeles que sacó del bolso.

— Se acuerda de mí, porque me necesita.

La joven miró, aterrada, sin acertar a ver, presa de indescriptible congoja, las letras de aquellos papeles que de golpe y porrazo venían a destruir un embriagador sue-

ño de felicidad; desde aquel momento huyeron de su alma dicha y sosiego; ante su sensible corazón, ante su conciencia rectilínea, ante su honorabilidad libre hasta entonces de mancilla, acababa de abrirse un terrible dilema; por vil que hubiera sido su marido, al considerarle enfermo no dejaba de inspirarle cierta compasión, y compasión le inspiraba también Gabriel para quien constituía ella la razón de ser de sus afanes, la fortaleza en la lucha, el galardón de la victoria: musa, mascota, aliento y vida, en una palabra: «todo», pues sin ella la vida de aquel excelente joven quedaba completamente destrozada. ¿Dónde estaba pues su deber? A pesar de sus bondades, severísima había sido siempre Alicia para juzgar lo suyo y lo ajeno; debía volver al lado de su esposo siguiendo los imperativos de su conciencia, moldeada en una moral harto inflexible, mas ello contradecía los impulsos de su enamorado corazón que le retenía al lado de Gabriel, dándose el caso paradójico de que volver al lado de su marido contradecía también a su conciencia, puesto que no había derecho a pagar con la más negra ingratitud a su fidelísimo Gabriel. ¿En un caso como el suyo, a qué lado debía inclinarse para ser más honrada la mujer? En su alma, exenta de egoísmo, nada influían las intencionadas palabras de tía Petra:

— Tu marido es viejo y tiene dinero.

El innato instinto justiciero de la joven se hallaba en tal asunto perfectamente de acuerdo con el tierno sentimiento de su corazón y tras no haber querido quedar en nada concreto con la anciana, máxime sabiendo que salvo complicación, la enfermedad del marido carecía de gravedad, determinó no decir nada a Gabriel a fin de impedir que una nube le vedara salir airoso en la difícil prueba de los exámenes.

— ¿Por qué no me felicitas efusivamente? De algunos días a esta parte te veo triste; yo desearía que te volvieras loca de contento por mis triunfos. ¿Es que no me quieres? ¡Habla claro!

— Te he querido siempre.

— Pero no me lo demuestras en nada.

— Yo creo que para tu madre soy una hija y para ti, una buena hermana.

— ¿Nada más que hermana? — repitió Gabriel con desaliento.

Por las mejillas de la joven resbalaron dos lágrimas, por el nuevo giro de los acontecimientos. ¿Era acaso dueña de sí, para entregar según su albedrío el tesoro de su cuerpo? Mas como Gabriel lo ignoraba creyendo que la actitud de la joven obedecía sólo a un pudor según él tan absurdo y ridículo como cruel, considerando que le asistía todo derecho sobre aquella rebelde; en el paroxismo de la desesperación la cogió por ambas muñecas y zarandeándola terriblemente le dijo, fijando en ella sus desencajadas pupilas:

— ¿Piensas entregarte o no?

— Sí; te dije al final de los exámenes.

— ¡No puedo esperar más!

— Silencio, Gabriel, que lo puede oír tu madre.

— Para mí ya no existe en el mundo más que esa obsesionante idea. Esta noche vendré a tu habitación.

— ¡No!... ¡No!... ¡Cerraré con llave!...

— ¡Por lo que más quieras, ábreme!

Súbitamente una idea cruzó por su cerebro: «A las mujeres hay que saber tratarlas»... había leído no sabía en dónde. El, materialmente, se había arrastrado a los pies de Alicia mendigando amor; tal vez un cambio de conducta le daría mejor resultado. Así es que, dando un rápido viraje procuró calmarse a sí mismo y soltando a la joven, exclamó:

— Vas a dar lugar con tu conducta a que me arrepienta de haberte querido.

Mas que con Gabriel, Alicia había forcejado con su propia conciencia, aunque de permanecer en aquella casa veía su caída inminente; en aras de su lealtad, no debía entregarse precisamente entonces y creía preferible seguir resistiendo hasta que desaparecieran las probabilidades de que volviera a aparecer su marido, pues las irтимidades con el amado podrían acarrear consecuencias que complicarían de un modo gravísimo la situación de los personajes del drama. Por su parte, Gabriel, fiel a la norma que se impuso, se abstuvo de llamar a la habitación de Alicia aquella noche, lo cual si bien la tranquilizó dejó de halagar no obstante su vanidad de mujer.

Transcurrieron algunos días en que los enamorados apenas se cruzaban palabras y un terror, a todas luces superior a su amor a la virtud, invadió paulatinamente el alma de Alicia; por otra parte, nada volvió a saber de su

marido. Sin duda, tía Petra, atenta solamente a su provecho, haciéndose ilusiones de vivir a la sombra de un matrimonio acaudalado, libre de preocupaciones económicas y sin hacer absolutamente nada, había exagerado en cuanto a la enfermedad y efusividad de su marido. De haber empeorado éste, indudablemente hubieran reincidido en la temida demanda de reconciliación; el sol de la alegría deshaciendo aquella nube pasajera hubiera vuelto a brillar para ella de no tenerla fuertemente preocupada la nueva conducta de Gabriel, el cual incluso salía un rato por las noches. ¿Dónde iba? ¿Obedecía todo a su enojo más o menos duradero o era fatalmente el principio del desamor?...

Le dieron en el taller de confecciones unos suéters a punto cruzado el cual le era desconocido y antes que perder el tiempo ensayándose, creyó preferible visitar a su amiga Rosaura, la que había estado enferma.

— Sé lo que es de tu vida — le decía ésta mientras ejecutaba pausadamente el punto cruzado a fin de que Alicia lo aprendiera —; tu tía ha estado aquí varias veces para que, valiéndome de la amistad, interceda para convencerte; dentro de algunos días vendrá a saber la contestación, porque tu marido quiere emprender un viaje para tomar unas aguas y quisiera llevarte consigo.

— ¿Cómo está Isidro? — preguntó, ansiosamente, nuestra heroína.

— ¡Calcula! Cuando se siente con fuerzas para emprender un viaje...

— Parece que en la reconciliación tiene más interés la tía que mi propio marido.

— Le habrá prometido el oro y el moro; ya le conocemos el carácter a Isidro. Luego se olvida de lo que promete, pero tu tía ahora no lo ve; los ambiciosos llevan una venda en los ojos... Ella supo por la panadera de la esquina que no pasaste la noche aquí cuando yo estuve enferma y sirviéndose de esta mujer a quien embauca diciendo que tiene influencias para colocarle un hijo en el Ayuntamiento, ha venido en conocimiento de todo lo tuyo que luego me explicó.

— ¡Yo soy honrada! — exclamó Alicia.

— Eso no te lo pregunto, mas aun que lo seas, nadie lo creería.

— ¿Me recriminas?

— De ninguna manera; precisamente deseaba verte para darte un buen consejo: guárdate de Isidro; genio y figura hasta la sepultura; él no cambiará. Guárdate de tía Petra, que, como habladora que es, la lengua le traiciona; incluso me prometió una recompensa por mi intercesión, pues piensa manejar todo lo vuestro aunque tenga que daros un bebedizo para trastornaros el seso. ¿No robasteis antes a su marido?, pues es lógico que ahora os robe a vosotros... Yo no creo en la influencia moral de los filtros de la hechicería, pero temo sus efectos físicos; además, como he deducido, por lo mismo que cuenta tu tía, que la familia con quien vives son unas excelentes personas; yo soy decente, pero en tu lugar...

— ¡No me aconsejes nada! — exclamó la joven, ruborizada a pesar suyo..

Camino de su hogar, mientras aspiraba con delicia el vaho de las flores de los parterres de la Plaza de Cataluña, que, recién saturados de agua del riego, habían ganado en vistosidad esparciendo por doquier una brisa fresca y perfumada que a la par que acariciaba al transeúnte parecía la evocación de algo sensual, que aunque suave y por excelencia etéreo, en almas predispuestas como la de Alicia en aquellos momentos y en carnes torturadas por la abstinencia como la suya, había de producir el deseo irresistible de una divina embriaguez de amor...

Al llegar a casa, Gabriel estaba solo, y con una audacia inconcebible le preguntó, mimosa:

— ¿Quieres que te tome la lección?

— No hace falta; muchas gracias, Alicia.

Desde luego, el tono cortés de la contestación, la hirió mucho más que el enojo, y llena de ansiedad preguntó:

— ¿A dónde vas por las noches?

Aquello produjo en Gabriel el efecto de una descarga eléctrica... Era amado, no cabía duda. ¿No era acaso la pregunta una explosión de celos de la joven?... Levantándose de su asiento saltó sobre Alicia, la cual aún tuvo un momento de rebeldía, pero él la sujetó brutalmente... Fue un poema sin palabras; vencida en el último baluarte de su pudor, no existía para ella más que su felicidad infinita, recibía en su rostro el aliento del joven y lo respiraba con fruición. Como siempre, la iniciación fué un beso y... el loco dios de la venda en los ojos, del carcaj de oro y flechas de plata, dueño del albedrío de sabios e ignorantes,

de señores y plebeyos, de austeros y libertinos, pudo apuntarse al fin uno de sus más difíciles triunfos, pues la estancia aquella se llenó de deliciosos quejidos de placer.

VI

El encontronazo fué inevitable; llevaban los vehículos una marcha más que regular al doblar la acentuada curva, lo cual impidió que se vieran con el tiempo suficiente para frenar con eficacia. Iba uno de ellos ocupado por un caballero que dormitaba y el que conducía el volante, con más pericia y sangre fría que el del coche contrario logró virar ligeramente hacia la derecha; de haber hecho otro tanto hacia la izquierda el otro conductor nada hubiera sucedido; mas pese a su pericia y a su mayor dominio, fué víctima de la posición desfavorable en que se encontraba en la carretera, el auto del caballero soñoliento; el único que sufrió las consecuencias del choque rodó peñas abajo, al mismo tiempo que atronaba el espacio un grito desgarrador del conductor y ocupante, el coche causante del atropello, cuyos ocupantes parecían tener unas copas de más, se perdía de vista carretera adelante haciendo caso omiso de los sentimientos de humanidad. Mas no se dió en el vacío el grito de dolor; la soledad de las montañas se hallaba poblada por ser día festivo, por nutridos grupos de amantes de la Naturaleza que en busca de sedante para sus nervios y aire puro para sus pulmones, saben huir del hervidero de la ciudad. Un grupo de muchachos, que en celebración del feliz término del bachillerato, celebraba una excursión, había acampado cerca de aquel lugar.

Previsor como siempre, Gabriel Durango llevaba un sencillo botiquín de urgencia en su mochila de excursionista, lo cual permitió auxiliar inmediatamente a los heridos. Sólo tenía el chofer algún que otro rasguño, pero se retorció de dolor a causa de la dislocación del pie; el caballero yacía sin sentido y además una intensa hemorragia ponía en grave peligro, a causa de la pérdida de sangre, la vida de aquel ser. Una vez Gabriel hubo restañado la sangre y vendado las heridas, como continuaba desvanecido preguntó al chofer:

— ¿Dónde vive este caballero? ¿Cómo se llama?

— Lo ignoro; sólo sé que lo conducía al balneario de

Mediana. Se presentó al garaje donde presto mis servicios a alquilar un auto, y en todo caso las señas y los nombres los tendrá el patrono. Claro que llevará encima algo que acreditará su personalidad, pero como la americana ha quedado hecha jirones. ¡Ay!... ¡Las malditas! — gimió, ricia cruel de las espinas de los zarzales, algunas de las cuales continuaban clavadas en sus carnes todavía.

— ¡Muchachos! — exclamó Gabriel con energía —. He de dedicarme a salvar lo que está en mayor peligro; la vida de este caballero se va por momentos y sólo una intervención quirúrgica urgente puede salvarle; por lo tanto, os confío a vosotros la misión de custodiar el auto despedido, la cartera de este caballero, si es hallada y demás, hasta que venga a hacerse cargo de ello la autoridad, que alguien se ha encargado ya de dar aviso de lo ocurrido a la más cercana población.

Y diciendo esto, ayudó a acomodar a los heridos en la tartana cedida generosamente por un campesino, y a falta de otro vehículo más cómodo, emprendieron la larga y penosa ruta de retorno a la ciudad. Gabriel había comprendido que sólo una transfusión de sangre efectuada inmediatamente, podía arrancar una vida de las garras de la muerte.

VII

Eran poco más de las diez de la mañana, cuando Gabriel, con el auxilio de un enfermero se vistió y abandonó su habitación para dirigirse a la del herido que para él continuaba siendo un desconocido, pues en su afán de salvarle la vida, no había tenido tiempo todavía de indagar su personalidad. El semblante del joven, pálido a causa del sacrificio realizado, irradiaba, a la vez, la alegría de un hermoso deber humano cumplido; empujó con el brazo que no llevaba vendado la puerta, tropezando, sorprendido, con una hosca mirada del herido.

— ¿Usted es el que me ha salvado la vida?

— Eso dicen — contestó Gabriel con modestia.

— Pues ha empleado mal el trabajo; mi vida carece de bellas perspectivas y hubiera preferido morir.

— Caballero, cualquiera que sea el motivo que tenga para desear la muerte, considere que su vida no le per-

tenece por completo; yo tengo mis derechos y para mí sería dolorosísimo que después de haberlo salvado se me muriera.

— Es usted muy bueno.

— Nada de esto, he cumplido con mi deber y no dudo que en mi caso hubiera hecho usted otro tanto. Me intereso doblemente por usted al saberlo desgraciado; soy tan feliz, que para que todos se alegraran conmigo desearía repartir felicidad a manos llenas. Si no fuera indiscreción...

— No tengo inconveniente en confesar, aunque sea impropio de mis años, que sufro por una mujer.

Gabriel creyó adivinar en el alma de aquel caballero el drama de un amor tardío con la lógica indiferencia femenina, mujer joven y bella, por supuesto.

— Nadie más indicado que yo — exclamó, suspirando —, para comprender la amargura de usted por lo mucho que me ha hecho sufrir el desdén de una mujer que hoy, por cierto, es la luz de mi vida.

— Usted es joven y yo soy viejo.

— No importa; usted tiene sobre mí la ventaja de poder ofrecerle junto al cariño de un enamorado, la ternura de un padre.

Una lágrima resbaló por las mejillas del anciano al mismo tiempo que repuso:

— Ella es buena y yo un canalla tardíamente arrepentido...; entre los dos media un abismo...

Una ola de hiel, brotada al conjuro de un presentimiento vago y absurdo agitó breves momentos el corazón de Gabriel. Casualidades de tal índole suelen ser tema de novelas pasionales o de comedias aliñadas a gusto del autor para emocionar y entusiasmar al público a quien se des-
tinan; la vida es otra cosa. Lo interesante era entonces salvar la vida moral de aquel hombre, ya que la física se la había salvado ya, cediéndole un cantidad, no pequeña, del rojo y cálido líquido de sus venas y después de sonreír, asombrado de la puerilidad de haber llegado a presumir que la amada de aquel hombre y la que él había llamado «luz de mi vida» podían ser una misma persona, continuó interrogando al herido, con el fin de intervenir noblemente para remediar su desventura, lo cual lo hizo pasar paulatinamente de una calma magnífica y serena al frenesí de una terrible inquietud. Idéntica tortura, idéntica sospecha estremeció de horror al caballero, el cual

pronunció estas palabras envueltas en un triste lamento:
— Vive con un hombre, precisamente practicante de una clínica.

— ¡Su nombre!... ¡Su nombre!... — inquirió Gabriel.
— Alicia Sol.

Aniquilado por la tremenda emoción sufrida y por su reciente pérdida de sangre, el cuerpo del joven se desplomó pesadamente sobre el pavimento.

VIII

Por primera vez después de tres años de separación iba Alicia, por indicación de Gabriel, a visitar a su marido. En la madurez de su belleza, en nada se parecía a la clorótica adolescente que habían entregado a Isidro al desposarse; era enloquecedoramente hermosa y se maravillaba aquel hombre de su ceguera, de vivir año tras año sin darse cuenta del tesoro que tenía a su lado... Al cruzarse la mirada, permanecieron mudos unos momentos; más que el fulgor de la pasión, brillaba en los ojos de él la llama del deseo. Ruborizada, bajó ella la vista y tomándole Isidro una mano, exclamó:

— ¡Alicia mía!...

Nadie con más derecho que él podía llamarla de aquel modo, puesto que le pertenecía por todos los fueros de la ley, pero hay un «yo» humano, con todos sus defectos o virtudes, con toda su grandeza o villanía, al que en vano se intenta someter con yugos porque su esencia es la misma libertad, para el cual no existen cárceles, cadenas ni suplicios, porque es la vida del sentimiento, que, perpetuada por la humanidad, se ha mantenido y mantendrá siempre, en un plano superior a toda crueldad o coacción; por esto los esclavos no son una propiedad como un libro o una casa; por esto sabía Isidro que Alicia, legalmente suya, por inclinación irresistible de su voluntad y donación libre y espontánea de su corazón era del otro, y por muy marido que fuera no le quedaba otro remedio que emprender la difícil reconquista de aquel ser; mas teniendo formado de la mujer un bajo concepto moral, le hacía sonreír con optimismo pensar que sus numerosos inconvenientes quedarían suficientemente subsanados por la ventaja nada despreciable de poder ofrecer pieles costosas, comodidad, ricos joyeles...

El instinto casto de Alicia la puso al abrigo de todo intento lúbrico del marido...

— No te conviene, nenito; has de curarte primero—le decía con cariño.

— ¿Es que amas al enfermero?

En aras de la lealtad que siempre fué su norte y guía, dijo Alicia, procurando modularlo en el tono más suave de voz, al mismo tiempo que estrechaba compasivamente la mano del enfermo:

— ¿De cuánto ha sucedido, quién tiene la culpa? Arrepentimiento tardíamente sentido es el tuyo, que no llega a tiempo de rehacer o crear una nueva felicidad; algo irreparable ha sucedido...

Alicia no pudo continuar; le faltaba la voz por momentos; bajó los ojos, presa de visible excitación nerviosa, al mismo tiempo que se extendía de nuevo por sus mejillas el carmín de la vergüenza...

— Habla — inquirió él —; estoy pendiente de tus palabras; sólo la muerte es irreparable...

Por primera vez en su vida locamente enamorado, era incentivo de esta pasión, considerar que tenía un rival que por su juventud, gallardía y bondad había de ser indiscutiblemente preferido y queriendo rivalizar con él en complacencias hacia aquella mujer objeto de todas sus ansias, continuó:

— Habla, mujer, no llores; he de complacerte en todo. Vamos a ver, ¿qué es esto irreparable que ha sucedido?

— Según parece, voy en camino de ser madre...

Tras breves momentos de semiestupor, pues enfebrecido de deseo no pudo darse cuenta perfecta de la gravedad de la confesión, exclamó en el tono del que para satisfacer un apetito carnal lo promete todo:

— No te preocupes; lo adoptaré.

Y con una largueza que contrastaba con su ininterrumpida avaricia, le habló de lujo y comodidades, en la seguridad absoluta de alcanzar así la victoria; mas Alicia, inmóvil, sin escucharle, consideraba con horror en lo íntimo de sus pensamientos, el trascendental dilema ante ella planteado...

— Siento mucho tener que dejarte — dijo al fin, poniendo término a sus tristes reflexiones — he de terminar unos suéters.

— ¡Envía el trabajo a paseo!

— Cuando menos he de terminar los que tengo en casa y por la noche tendré que velar para presentarlos mañana a primera hora.

— ¿Y por la tarde volverás aquí?

— Procuraré.

— ¿No lo aseguras?... ¡Cruel! — y al decir esto mordisqueaba y se comía a besos una de aquellas manos de lirio —. Si te empeñas en trabajar todavía, tráete la labor aquí y trabaja a mi lado, pero vuelve..., oyes. ¡Vuelve!

En aquella súplica puso toda el alma y dos lágrimas de fuego rodaron por sus mejillas...

En uno de los pasillos de la clínica, Alicia vió a Gabriel; anonadados, sólo cambiaron breves palabras. La joven creyó ver lágrimas en los ojos de su amado; dos hombres lloraban por ella... ¡Qué horror para su alma blanca inclinada a la piedad!... Sus nervios necesitaban el sedante del aire fresco y libre de la calle y salió tras un breve apretón de manos con su Gabriel. El joven seguía ignorando que por obra y gracia de su amor, en aquella naturaleza femenina aquel mes dejaron de florecer las rosas.

IX

En el despacho del ilustre doctor Minares aguarda Alicia ser recibida por éste; acababa de tomar una resolución heroica, una locura tal vez a la que todos le empujaban, cada cual a su manera, incluso el inocente ser que germinaba en sus entrañas. Obedeciendo a un preconcebido plan, Gabriel apenas cambiaba palabra con ella; sombrío, preocupado, perdido el encanto de la vida y enflaqueciendo de una manera alarmante, pronto sólo sería una sombra de aquel Gabriel, arrogante y bello que la había fascinado; Florencia, su madre, no podía ver en Alicia, buena o mala, más que la perdición de su hijo, no recatándose de decir, seguramente con la intención de ahuyentarla:

— ¡Lástima de hijo!... ¡Liarse con una casada cuando tantas muchachas hay en el mundo que nos hubieran hecho felices!...

El escaso alimento que se compraba, tenía que ser retirado de la mesa casi sin probarlo... Ya no distinguía Alicia un derroche de simpatía en las pupilas de aquellas personas tan amigas y leales, sino arrebol de llanto frecuente

en los ojos de la excelente anciana y acaso a ratos chispazos de odio, y en los del joven el tétrico resplandor de una pena honda, inextinguible, roedora... ¿Era más humano permanecer en aquel infierno o buscar para el joven y para sí un lenitivo en la ausencia?... A no ser por el inconveniente del hijo, lo más sensato sería volver al lado de su marido, pero demasiado comprendía que la promesa de adoptarlo había sido hecha en un momento de lúbricos deseos, exponiéndose más adelante a otro dilema entre el esposo y el hijo, so pena de vivir con su esposo bajo el mismo techo pero distanciados, como siempre... ¿No era preferible a vivir de esa manera, vivir sola, libre, al lado del fruto de sus entrañas?

Un leve rumor vino a sacarla de su ensimismamiento; se había levantado el tapiz y el doctor acababa de aparecer en el umbral de la puerta.

— Perdone la espera — le dijo, atento —. ¿A qué debo el honor de su visita?

— Usted estará enterado... — dijo Alicia, temblando.

— Lo sé todo y a todos compadezco con el alma entera; yo no quería inmiscuirme en tan delicado asunto, pero como ha venido, me creo en el deber de decirle que su señor esposo me ha manifestado reiteradamente deseos de volver a verla.

— He sido algo cruel; nada más he venido a visitarlo dos veces; hallé aquí a mi tía Petra y como me ha dado sobrados motivos para que me resulte desagradable verla, por eso no he vuelto; además, sé por Gabriel que mi esposo va mejorando.

— Sí, señora, y de seguir así dentro de breves días abandonará la clínica.

— Por lo tanto, urge que yo le exponga mi plan y es a lo que he venido; plan pueril, por cierto, que a no tratarse de un asunto como ha dicho usted, tan delicado, le movería a risa, pero me he acostumbrado a mirarle, lo mismo que Gabriel, como a un padre y en aras de la confianza que me inspira se lo expondré; mi asunto es este: dos hombres me quieren; a uno me une la ley, a otro el amor; los dos me inspiran lástima hasta el extremo de que si me decido por uno no seré feliz porque pensaré en la desventura del otro, y después de pensarlo mucho, me he decidido, como vulgarmente se dice, a echar por la calle de en medio y he pensado en las bondades de usted y en

las múltiples amistades e influencias que usted tiene aquí y en toda España... Concretando: le suplico por lo que más quiera que se sirva hacerme una carta de recomendación para una clínica, hospital o casa de beneficencia lejana, para prestar mis servicios como criada a cambio de que me mantengan y amparen lo mismo a mí que a mi...

A Alicia le faltó aliento para continuar; el vago tono en que fueron pronunciadas sus últimas palabras, unido a una débil sordera que padecía el doctor, hicieron que éste no entendiera aquella alusión a su futura maternidad, mas como había entendido perfectamente el resto del discurso exclamó:

— Verdaderamente, hija mía, es una puerilidad lo que acaba de decirme; usted no puede alejarse sin el consentimiento de su marido.

— Necesito huir de los dos; yo aquí acabaré por volverme loca.

— La ley es ley, aun que haya cambiado el régimen; la mujer sólo ha conquistado el derecho al voto, que aunque sea base de futuros derechos, por el momento todo continúa igual y su marido puede impedirle el viaje que usted intenta y puede obligarle a vivir con él.

— Desde hace tres años vivo independientemente.

— Porque no se preocupaba de usted; pero ahora se preocupa... Gabriel es más fuerte que usted; es admirable el temple del muchacho. Ni el amor que por usted siente es capaz de apartarlo del camino rectilíneo que se ha trazado.

— Pues, ¿qué me aconseja usted?

— Que vuelva con su marido; este es un deber que Gabriel está resuelto a cumplir y a hacer cumplir a usted.

Pálida como la cera, en un arranque irreflexivo, hijo del egoísmo, inherente a toda inmensa pasión, exclamó la joven.

— ¿Es posible que pueda prescindir de mí con tanta facilidad?

— El se lo tiene dicho a usted.

— Sí, pero me dice «vete», con los labios, y «quédate», con la mirada.

— Precisamente consiste en esto la virtud del sacrificio y no dude que en el deber cumplido se encuentra siempre una dosis no pequeña de felicidad; ahora se lo va a oír usted una vez más por su propia boca y a presencia mía.

Y apretando el botón eléctrico apareció un enfermero al cual encargó que buscara a Gabriel Durango, que, pálido y demacrado, se presentó momentos después en el umbral de la puerta, sin inmutarse al ver a Alicia, haciendo inauditos esfuerzos para conservar la imperturbable y fría dureza que se había propuesto adoptar. Habló, a requerimientos del doctor, con voz mal velada por la emoción:

— Alicia; es preciso ver claro el camino a seguir y emprenderlo valientemente; te amé sobre cuanto hay en la tierra, te tendí la mano al verte desamparada, pero en adelante no me perdonaría jamás el haber torcido tu destino: mi sacrificio merece el tuyo.

— Ni una palabra más; tu fortaleza me hacía falta. Voy allí donde el deber me llama. Estrechémonos por última vez la mano, como amigos.

El doctor, que asistía emocionado a aquella escena sublime, no pudo contener unas lágrimas y dijo con acento paternal:

— Hijos míos, vuestra separación no será eterna; mi ciencia os asegura que don Isidro no vivirá mucho.

— ¿Sí? — exclamaron al unísono Gabriel y Alicia con mal reprimida alegría.

— No le auguro vida más que para unos tres años.

Aquel «tres años», para ellos tres siglos, no pudo asimismo evitar en los jóvenes un doble «¡ah!» de desaliento.

Algo repuesta Alicia de aquellas emociones y antes de dar por terminada tan trascendental visita, creyó un deber de conciencia sobreponerse a su pudor y hacer una penosa confesión:

— No sé si es conveniente en momentos en que acabamos de tomar una enérgica resolución, confesar algo que puede entibiársela, pero la conciencia me dicta que no debo silenciarlo por más tiempo.

Y entre la expectación de sus interlocutores añadió valientemente:

— ¡Seré madre!

— ¡Alicia mía! — gritó Gabriel en un arranque involuntario, y arrojándose a sus plantas le tomó la mano, llenándosela de besos y lágrimas...

— Esto es demasiado fuerte para el corazón de una mujer — murmuró la joven entre dientes.

Nubláronse sus ojos, doblóse su gentil talle y el doctor Minares pudo sostenerla antes de que llegase al suelo...

Aquella conversación había tenido un testigo para ellos invisible. Impulsado por el deseo de poseer a su mujer, se esforzaba Isidro en aparentar salud, para que le dieran de alta cuanto antes y correr tras ella, ya que la muy ingrata no acudía a visitarlo. Bella como un rayo de sol, la vió venir camino de la clínica aquella mañana, pero en vano la aguardó en su habitación...

—El doctor la estará amonestando en su despacho seguramente — pensó, y bajó, impulsado por el irresistible deseo de comprobar este extremo.

No hay que decir que los dos rivales en amor evitaban de continuo enfrentarse; así es que al divisar que por el extremo opuesto del pasillo avanzaba un hombre con todo el aire de Gabriel, también en dirección al despacho, se ocultó Isidro tras un tapiz, lo cual pasó inadvertido al joven que continuó imperturbable su camino, y una vez hubo desaparecido tras la pesada cortina de la entrada del despacho, allí fué a situarse de puntillas Isidro, dispuesto a oír la conversación que en algunos momentos subía de tono debido a la sordera del doctor. La exclamación de alegría de los enamorados al augurar el doctor corta vida para Isidro hizo crisar los puños de éste en un movimiento de odio y exclamó:

— ¡Canallas!

Levantó ligeramente el tapiz y al contemplar a su mujer desmayada, atendida por el doctor y Gabriel, dijo para sí, mientras concebía el final de la tragedia:

— Ella será de los dos; mía por interés, de ése por cariño... Mi breve vida me ofrece un cariz horrible: una enfermedad de ahogo y otras mil dolencias que me convierten en un desgraciado, junto con los disgustos que me dará la mujer, son dolores que puedo evitarme a tiempo...

Su resolución nacía de su impotencia, no de la grandeza heroica del que tiende a la felicidad de los demás; de aquí que murmurara al retroceder por el pasillo:

— ¡Miserables! ¡Si lleno de vigor pudiera tomarme venganza, os aplastaría! ¡Pero para vivir rabiando y ahogándome, vale más que me suprima de una vez!

Y apurando el contenido de un frasco, que en pequeñas dosis se le suministraba como calmante, halló la muerte en el sopor del sueño, solucionando así el cruel dilema.

- de Ricardo Peña. — 408. *Entre suegra y nuera*, de Federico Urales. — 409. *Aurora de amor*, de Libertad del Bosque. — 410. *Venus de cabaret*, de G. López Pantoja. — 411. *Nueva aurora*, de Cristina Pérez. — 412. *¿Cuál de los dos es mi padre?*, de Federico Urales. — 413. *¡Maleantes!*, de Clemente Cimorra. — 414. *El último discípulo*, de Manolita Gutiérrez. — 415. *Almas libres*, de Valentín Obac. — 416. *La hija del pueblo*, de Federico Urales. — 417. *Amor sin trabas*, de Salvador Cano. — 418. *¡Proletario!*, de M. Herrera F. — 419. *Los héroes del amor*, de Juan González Massó. — 420. *La mujer del condenado*, de Federico Urales. — 421. *Blanca*, de Juan Baldreny. — 422. *Una historia de amor*, de Celia Morales. — 423. *Floreal*, de Juan de la Flor Burgos. — 424. *Luz a los veinte años*, de Federico Urales. — 425. *Memorias de un médico*, del Dr. J. Serrano. — 426. *La mancha de sangre*, de Angela Graupera. — 427. *Ariel, el aventurero*, de Máximo Hamleton. — 428. *Su vida es mía*, de Félix León Vicente. — 429. *Violeta*, de Miguel Beltrán Alomar. — 430. *Blancaflor y Enrique*, de Federico Urales. — 431. *¡Patriotismo!*, de Francisco Moles y Güell. — 432. *Tribunal de amor*, de Ricardo Peña. — 433. *Trabajo, lucha y amores*, de Carlos Aleda. — 434. *Holocausto sublime*, de Julio Morante. — 435. *Amor en venta*, de Federica Montseny. — 436. *Flor del barro*, de Manuel Andueza. — 437. *Una novela vivida*, de Dionisio Bertrand. — 439. *¡Apóstatas!*, de Fernando Claro. — 440. *El hijo del general*, de Clemente Cimorra. — 441. *El vagabundo*, de Angela Graupera. — 442. *Aroma y Manuel*, de Federico Urales. — 443. *¡Soledad!*, de M. López Sánchez. — 444. *Vidas trágicas*, de Boris Queral. — 445. *¡Yo no he matado a nadie!*, de G. Gilabert. — 446. *Cuando nadie nos vea*, de Federico Urales. — 447. *Ambiente fatal*, de Gabriel Pérez. — 448. *Amor vivificante*, de Hilario Ferrer. — 449. *Por una sola noche*, de Federico Urales. — 450. *Perdonar*, de José Navarro. — 451. *Su vida antes*, de M. Badía Colomer. — 452. *Nada más que una mujer*, de Federica Montseny. — 453. *Estigma de esclavitud*, de Juan Gómez. — 454. *La admirable vida*, de Antonio Estévez. — 455. *Memorias de un seminarista*, de Jacinto Torhyo. — 456. *Calvario*, de Federica Montseny. — 457. *¡Cuánto tarda hoy!*, de Federico Urales. — 458. *La hija del apóstata*, de Fernando Claro. — 459. *Los dos caminos*, de Angela Graupera. — 460. *Un sueño de amor*, de Juan Padreny. — 461. *Vencer es convencer*, de Francisco Orús. — 462. *Hemos nacido ayer...*, de Clemente Cimorra. — 463. *Bohemia*, de Diego R. Barbosa. — 464. *La flor loca*, de Federico Urales. — 465. *Mi mejor obra*, de José Aced. — 466. *Pasado, presente y futuro*, de Gabriel Pérez. — 467. *Camaradas y rivales*, de Cristino Pérez. — 468. *Las serpientes de mar*, de Federico Urales. — 469. *Vidas sombrías*, de Federica Montseny. — 470. *El amor y el ideal*, de Manuel Delgado. — 471. *El amor ante la farsa*, de Valentín Baldenebro. — 472. *Ni una mirada*, de Federico Urales. — 473. *Hacia otras tierras*, de Juan de la Flor Burgos. — 474. *Todo un caballero*, de Asunción Hernández. — 475. *Libre tierra del amor*, de Rafael López P. — 476. *La esposa del cacique*, de Federico Urales.